

—¿Sabe Ud. de qué crimen se le acusa?

Cabuche, con la voz aturrullada por una ira impotente, gruñó:

—No me lo han dicho, pero lo supongo. ¡Poco que han charlado sobre eso!

—¿Conocía Ud. al señor Grandmorin?

—Sí, sí, le conocía, ¡demasiado!

—Una muchacha llamada Luisilla, su querida de Ud., entró de doncella en casa de la señora de Bonnehon.

Un arranque de furor arrastró al cantero. En medio de su ira, tenía delante de su vista un velo de sangre.

—¡Dios de Dios! Los que tal dicen mienten como rufianes. Luisilla no era mi querida.

Lleno de curiosidad, el juez le había mirado enfadarse. Y haciendo un paréntesis al interrogatorio, dijo:

—Es Ud. muy violento, ha sido Ud. condenado á cinco años de presidio por haber matado á un hombre en una riña.

Cabuche bajó la cabeza. Aquella condena era su vergüenza. Murmuró:

—Pegó él antes... Sólo cumplí cuatro años, me perdonaron uno.

—De modo—repuso el señor Denizet—que según Ud., la Luisilla no era su querida?

De nuevo apretó los puños. Luego, dijo con voz baja, entrecortada:

—Pero comprenda Ud. esto: ella era una chiclea, no tenía aún catorce años cuando volví de allí.... todos huían de mí, me habrían ape-

dreado. Y ella, en el bosque en donde siempre la encontraba, se acercaba, hablaba, era muy amable, ¡oh! muy amable.... Y así es como nos hicimos amigos. Ibamos cogidos de la mano cuando nos paseábamos. ¡Eran tan buenos, tan buenos aquellos tiempos!.... Claro está que ella crecía y que yo pensaba en ella. No puedo decir lo contrario, estaba como loco, tanto como la amaba. También ella me quería mucho, y habría acabado por suceder eso que Ud. dice, á tiempo que la separaron de mí, haciéndola entrar en casa de esa señora, en Doinville.... Luego, una noche, al volver de la cantera, la encontré delante de mi puerta, medio loca y tan estropeada, que la abrasaba la calentura. No se había atrevido á volver á casa de sus padres, venía á morir junto á mí. ¡Ah! ¡Ira de Dios, qué marrano! ¡Debí echar á correr y degollarlo!

El juez plegaba sus labios delgados, extrañado por el acento sincero de aquel hombre.

Decididamente había que apretar las clavijas, se las tenía con un individuo más ducho de lo que él creía.

—Sí, ya sé la historia atroz que Ud. y esa muchacha han inventado; sólo que note Ud. que toda la vida del señor Grandmorin le ponía por encima de sus acusaciones de usted.

Fuera de sí, ensanchada la mirada, temblándole las manos, el cantero balbuceaba:

—¡Cómo! ¿qué es lo que hemos inventado?.... Los otros son los que mienten y á nosotros se nos acusa de mentirosos.

—Hombre, sí, no se haga Ud. el inocente.... Ya he interrogado á Misard, el hombre que se ha casado con la madre de su querida de usted. Le carearé con Ud. si es preciso. Ya verá Ud. el juicio que á él le merece ese cuento.... Y cuidado con lo que va Ud. á contestar. Tenemos testigos, todo lo sabemos, y lo más prudente para usted sería decir la verdad.

Era su habitual táctica de intimidación, aun cuando nada sabía y carecía de testigos.

—Por ejemplo, ¿negará Ud. que públicamente ha gritado en todas partes que le abriría usted el cuello al señor Grandmorin?

—¡Lo que es eso, vaya si lo he dicho! Y lo decía de todo corazón, pues la mano no cesaba de hacerme cosquillas.

Una sorpresa dejó parado al señor Denizet, que esperaba una rotunda negación. ¡Cómo! el acusado confesaba las amenazas. ¿Qué astucia ocultaba aquello? Temiendo haber corrido demasiado, se recogió un instante, luego le miró fijamente, haciéndole esta brusca pregunta:

—¿Qué hizo Ud. durante la noche del 14 al 15 de Febrero?

—Me acosté al anoecer, á eso de las seis.... Estaba algo indispuerto y mi primo Luis me hizo el favor de guiar una carga de piedras á Doinville.

—En efecto, han visto á su primo con el carro atravesar la vía en el paso á nivel. Pero su primo, interrogado, sólo ha podido contestar una cosa: que Ud. le dejó á eso de las doce de la ma-

ñana y que no lo volvió ya á ver.... Pruébeme usted que á las seis estaba ya acostado.

—¡Pero, hombre! eso es tonto, eso no lo puedo yo probar. Vivo en una casa aislada, en un bosque.... Estaba acostado, lo digo, y no puedo decir más.

Entonces el señor Denizet se decidió á dar el gran golpe de la afirmación que se impone. Su cara se inmovilizaba en una tensión de voluntad, mientras su boca desempeñaba el papel.

—Pues voy á decirle á Ud. yo, lo que Ud. hizo el 14 de Febrero por la noche.... A las tres tomó usted en Barentin el tren para Rouen, con un fin aún desconocido. Iba Ud. á volverse por el tren de París que se detiene en Rouen á las nueve y tres minutos; y estaba Ud. en el andén, en medio de la muchedumbre, cuando apercibió usted al señor Grandmorin en un cupé. Note usted que admito sin trabajo que no ha habido premeditación, que sólo después se le ocurrió á usted la idea del crimen.... Entonces subió usted en medio de los apretones y del vaivén de los viajeros y esperó Ud. á entrar en el túnel de Malannay; pero calculó mal el tiempo, pues el tren salía del túnel cuando dió Ud. el golpe.... Tiró Ud. el cadáver, y bajó Ud. en Barentin, después de haber echado también por la ventana la manta de viaje.... Eso es lo que Ud. hizo.

Accechaba los menores movimientos sobre la cara rosada de Cabuche, y se irritó cuando éste, muy atento al principio, acabó por estallar de risa bonachona.

—¿Qué es lo que está Ud. contando ahí?..... Si le hubiese matado, lo diría.

Luego, dijo tranquilamente:

—No lo hice, pero debí hacerlo. ¡Dios de Dios! sí, lo siento.

Y fué todo lo que pudo sacarle el señor Denizet. En vano recómenzó sus preguntas, volvió diez veces sobre los mismos puntos, por tácticas diferentes. ¡No! ¡siempre no! No había sido él. Se encogía de hombros, le parecía tonto aquello. Al detenerle habían registrado la covacha sin encontrar el arma, ni los diez billetes del Banco, ni el reloj; pero habían cogido un pantalón con algunas gotas de sangre, prueba abrumadora. De nuevo se había echado á reír; ¡otra historia de órdago; un conejo cogido á lazo cuya sangre había goteado sobre sus piernas! Y en su idea fija del crimen, el juez era quien perdía terreno, por demasiada fineza profesional, complicando las cosas, yendo más allá de la verdad lisa y llana. Aquel hombre limitado, incapaz de luchar, de astucia, de una fuerza indecible cuando decía siempre que no, le ponía poco á poco fuera de sí, pues sólo admitía que fuese culpable. Cada nueva denegación le exasperaba más, como una obstinación en el salvajismo y la mentira.

Ya le obligaría él á cortarse.

—¿De modo, pues, que niega Ud.?

—Pues claro que niego, puesto que no he sido yo..... Si hubiese yo dado el golpe, ¡ah! harto orgulloso estaría y lo diría.

Con un movimiento brusco, el señor Denizet se levantó, fué él mismo á abrir la puerta de la habitacioncita vecina y llamando á Santiago, le dijo:

—¿Reconoce Ud. á ese hombre?

—Le conozco—dijo el maquinista sorprendido.—Hace tiempo que le ví en casa de los Misard.

—No, no..... ¿Le reconoce Ud. por ser el hombre del vagón, el asesino?

Al oír esto, Santiago se volvió circunspecto; además, no le reconocía. El otro le había parecido más bajo, más moreno. Iba á decir esto, cuando le pareció que sería adelantarse demasiado también, y permaneció evasivo.

—No sé, no puedo decir nada..... Le aseguro á Ud., señor mío, que nada puedo decir.

El señor Denizet, sin esperar, llamó á su vez á los Roubaud y les dirigió la pregunta:

—¿Reconocen Uds. á ese hombre? Cabuche continuaba sonriendo. No se extrañó; dirigió un ligero saludo de cabeza á Severina, á la que había conocido de soltera, cuando habitaba la Croix-de-Maufras. Pero ella y su marido acababan de tener una sacudida al verle allí. Comprendían que era el hombre detenido de quien Santiago les había hablado; el acusado, causa del nuevo interrogatorio. Y Roubaud se quedó estupefacto, asustado por el parecido de aquel muchacho con el asesino imaginario, cuyas señas había inventado, todo lo contrario de lo que él era. Aquello era puramente fortuito y estaba Roubaud tan turbado, que titubeaba en contestar.

—Vamos á ver, ¿le reconoce Ud.?

—Hombre, señor juez, le repito á Ud. lo que le dije, fué una simple sensación, un individuo que me rozó..... Claro está que éste es alto como el otro, y es rubio, y no tiene barba.....

—Pero, si ó no, ¿le reconoce Ud.?

El subjefe, angustiado, estaba tembloroso por la lucha interior que se reñía en él. El instinto de la conservación triunfó.

—No puedo afirmar. Pero hay algo de eso, mucho de eso, seguramente.

Esta vez Cabuche principió á jurar. Ya principiaban á hacerle la santísima con esas historias. Puesto que él no había sido, quería marcharse. Y bajo la ola de sangre que le subía al cráneo, pegó puñetazos en la mesa, se puso tan terrible, que los gendarmes, llamados de nuevo, se lo llevaron. Pero enfrente de aquella violencia, de aquella sacudida de animal atacado que acomete de frente, el señor Denizet triunfaba. Ahora estaba convencido, y lo manifestó.

—¿Han notado Uds. sus ojos? Yo los conozco en los ojos..... ¡Ah, ya tiene lo que le hace falta, es nuestro!

Los Roubaud, inmóviles, se miraron. ¿De modo que ya no había más que hablar? Estaban salvados, puesto que el culpable estaba en manos de la justicia. Quedaban algo aturdidos, con la conciencia lastimada por el papel que los acontecimientos acababan de obligarles á desempeñar. Pero una alegría les inundaba, arrastraba sus escrúpulos, y sonreían á Santiago; esperaban

aliviados, teniendo sed de aire libre, deseando que el juez les despidiese á los tres, cuando el ujier trajo una carta á este último.

Vivamente el señor Denizet había vuelto á su mesa escritorio para leerla detenidamente, olvidando los tres testigos. Era la carta del Ministerio, las instrucciones que hubiera él debido esperar con más paciencia, antes de dar nuevos pasos en la instrucción del proceso. Y lo que leía menguaba sin duda su triunfo, pues su cara se helaba poco á poco, volvía á su fría inmovilidad. Hubo un momento en que levantó la cabeza y echó una mirada de lado sobre los Roubaud, como si volviera de nuevo esa pista, al leer alguna frase de la carta. Estos, perdiendo su corta alegría, caídos de nuevo en su malestar, se sentían cogidos otra vez. ¿Por qué les había mirado? ¿Acaso habían encontrado en París los tres renglones de la carta de Severina, aquel billete torpe que no les dejaba vivir de miedo?

La mujer del subjefe conocía al señor Camy-Lamotte por haberle visto con frecuencia en casa del presidente, y sabía que estaba encargado de poner orden en los papeles del muerto. Un vivísimo pesar torturaba á Roubaud, el de no habersele ocurrido mandar á Paris á su mujer, quien habría hecho visitas útiles y quien por lo menos se habría asegurado la protección del secretario general, en caso que la Compañía, molestanda por los rumores que corrían, quisiera destituirle. Y ambos no apartaban su vista de la del juez, sintiendo crecer su inquietud á medida

que le veían ponerse sombrío, visiblemente desconcertado por aquella carta, la cual echaba á perder todo el trabajo, tan provechoso, de aquel día.

Por fin, el señor Denizet soltó la carta y permaneció un momento absorto mirando á los Roubaud y á Santiago. Luego, resignándose, hablándose en voz alta á sí mismo:

—¡Bueno! ya veremos, ahondaremos más todo eso..... Pueden ustedes retirarse.

Pero á tiempo que los tres salían, no pudo resistir á la necesidad de saber, de depurar el punto grave que destruía su nuevo sistema, á pesar de que le recomendasen que no diese ya paso ninguno, sin ponerse de acuerdo con el Ministerio.

—No, Ud. quédese un momento, tengo que hacerle aún una pregunta—dijo á Santiago.

En el pasillo, los Roubaud se detuvieron. Las puertas quedaban abiertas, y sin embargo, no se determinaban á salir: algo les detenía allí, la angustia de lo que sucedía en el despacho del juez, la imposibilidad física de marcharse, en tanto que no supieran de boca de Santiago qué nueva pregunta le hacían aún. Volvieron, fueron y vinieron, con las piernas temblando. Y se encontraron sentados los dos juntos sobre el banquillo en dondè ya tantas horas habían esperado; quedaron allí como un plomo, silenciosos.

Cuando reapareció el maquinista, Roubaud se levantó penosamente.

—Le esperábamos á Ud., volveremos á la estación juntos..... ¿Y qué?

Pero Santiago volvía la cabeza, como si quisiera evitar la mirada de Severina, fija sobre él.

—Ya no sabe por dónde anda—dijo por fin.— ¡Pues no me pregunta ahora si no fueron dos los que cometieron el crimen! Y como hablé yo en el Havre de una masa negra que pesaba sobre las piernas del viejo, me ha estado mareando sobre eso..... El parece creer que no era sino la manta de viaje. Mandó á buscar la manta y he tenido que pronunciarle..... qué se yo.... quizás fuera, en efecto, la manta de viaje.

Los Roubaud tiritaban. Seguían su pista; una palabra de aquel muchacho podía perderles. De fijo sabía y acabaría por cantar. Y los tres, la mujer entre los dos hombres, salían silenciosamente del Palacio de Justicia, cuando el subjefe añadió en la calle:

—A propósito, camarada, mi mujer tendrá que ir á pasar un día á París para asuntos urgentes. Sería Ud. muy amable sirviéndola de guía, en caso de que necesite de alguien.

## V

A las once y cuarto en punto, el puesto del puente de Europa señaló con los dos toques de bocina reglamentarios el exprés del